

Fui director de Miscelánea

Emilio de SANTIAGO SIMÓN

BIBLID [0544-408X]. (2001) 50; 7-10

Todavía conservo en la memoria, con nitidez perfecta, el día en que mis compañeros de Departamento, tras la oportuna votación reglamentaria, tuvieron a bien ponerme al frente de la dirección de *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*. De esto hace ya bastante tiempo, como casi de todas las cosas realmente apetecidas de mi vida. Sin embargo, lo acabo de decir, mi recuerdo del evento y de sus circunstancias permanece inalterado. ¿Por qué esto? No puedo dar al respecto una explicación satisfactoria, pero sí me es posible intuir, en cierto modo, las causas, más o menos próximas, que motivan la percepción de esta realidad a la que puedo evocar tan fácilmente, sin impedimentos ni ambages de ninguna índole.

La cuestión es que yo entré en contacto con el mundo semítico con mucha anterioridad a la fecha del inicio de mis estudios universitarios. La amistad entrañable y poco menos que filial con la inolvidable Joaquina Eguaras me sirvió para ir, paso a paso y casi en la niñez, adquiriendo conocimientos de la lengua árabe clásica y los rudimentos de su gramática. Las mañanas y algunas tardes de los calurosos julio y agosto granadinos, me refugiaba en el frescor severo y amplio de los patios y estancias del viejo palacio de Castril, sede del Museo Arqueológico Provincial, cuya dirección ostentaba, entre otros cargos y cargas, Joaquina. A veces, las más, podía incluso quedarme en aquella gran sala, iluminada por un imponente ventanal, donde la avezada arqueóloga y arabista tenía su despacho oficial, rodeada de anaqueles atiborrados de libros y variadas piezas pertenecientes al Museo que, a la sazón, estaba clasificando o quizás las tenía en estudio para su publicación: antiguas monedas, puntas de flecha, restos de cerámica de distintas épocas...

Pues bien, allí, en aquel reducto de paz y de sosiego casi monacales, rodeada de vestigios del pasado, enseñaba Joaquina el árabe a grupos de estudiantes rezagados, repitiéndoles, una y otra vez, las nociones de gramática y la selección de textos de la *Crestomatía* del benemérito Asín Palacios. Pese a ser casi un niño, la sabia maestra me invitaba a asociarme al grupo de sus pupilos y a ir lentamente haciéndome con el conocimiento primario de una lengua y una cultura que ya nunca abandoné después. Así fueron mis pasos balbuceantes en el arabismo, permíteme la evidente nostalgia que pueda trasminar al recordarlos. Luego de esto, seguí avanzando y me

atreví, no sin cierta dosis de temeridad propia de la inexperiencia, a leer libros y revistas de la especialidad, con objeto de ampliar mis conocimientos y saciar mi sed ilimitada de profundizar y descubrir. Huelga señalar aquí lo que mi cortedad de ciencia podía aprovechar de aquellas lecturas prolongadas y atentas. Estaba en esto, cuando llegaron a mis manos unos ejemplares de *Miscelánea* que una amiga de mi hermana mayor puso a mi disposición, pues ella había cursado la especialidad de Semíticas en la Universidad. Es difícil imaginar el impacto que me causó aquel imprevisto hallazgo. Me fascinaba sólo el nombre la publicación al que yo asociaba toda suerte de irisaciones sugestivas. Más tarde, fui adentrándome en la lectura de aquellas páginas con auténtica devoción. Los sinuosos renglones y la titubeante tipografía se me antojaban más viejos de lo que en realidad eran. Pronto supe que se imprimían en la modesta imprenta de Paco Román, un bajo de escasa luz y permanente actividad que caía muy cerca de la casa de mis padres, en la calle Horno de Haza. Paco Román era un hombre bajito, muy moreno de tez y con unos modales exquisitos que dejaban traslucir su bondad interior. Con su guardapolvo de trabajo y sus gafas caladas hasta la mitad de la nariz, era la viva imagen de un genuino hombre de su oficio que parecía salida de un vetusto grabado decimonónico en el que se reflejaran escenas del "moderno" arte de la estampa.

Con la lectura de aquellos ejemplares de *Miscelánea*, principiaron a serme familiares los nombres de David Gonzalo Maeso, el hebraísta, al que imaginaba como un sabio rabino que escribía con una retórica y engolamiento propios de otros tiempos ya muy atrás. Pero sus apreciaciones y la terminología latina que frecuentemente usaba llegaban a seducirme. Leí, también, con enorme interés, los artículos de Luis Seco de Lucena (por cierto, el pasado 2 de junio se acaba de cumplir el centenario de su nacimiento), figura que me era más próxima y conocida por las relaciones de estrecha amistad que mantenía con mi familia. Su conocimiento de la historia de la Granada nazarí y la jugosa enjundia de sus aportaciones sobre el tema, me atrevo a decir, desde mi actual perspectiva, que no creo que sean superados fácilmente, incluso ahora que el más ignaro de los parroquianos de las disciplinas del medievalismo andalusí cuenta con los modernos auxilios de las tecnologías de investigación que ellos apellidan "punteras". Cómo no traer a colación también aquí los trabajos de Fray Darío Cabanelas con su redonda perfección y la más alquitarada pulcritud metodológica. Muchos otros nombres acuden a mi memoria cual es de imaginar, todos ellos relacionados con *Miscelánea* y con mi adolescente fervor por el mundo semítico y mi posterior orientación universitaria.

He recordado, a posta, las figuras tan significativas de Gonzalo Maeso, Seco de Lucena y Cabanelas porque los dos primeros fueron los fundadores y codirectores pioneros de la Revista, en aquellos difíciles primeros años de la década de los cin-

cuenta. Fueron la piedra angular de su creación y sus animadores inasquibles al desaliento. Entonces, empresas como la por ellos llevada a cabo constituían una auténtica proeza, un acto heroico. Había que buscar el apoyo institucional como básica providencia, la subvención económica que siempre era escasa, las colaboraciones de sobresalientes autores espigados en el erial de una posguerra tardía, vigilar, prácticamente a pie de obra, la confección tipográfica de cada página, corregir una y otra vez las galeras...

Los tres fueron, con su impecable gestión, verdaderos ejemplos para las generaciones posteriores. La precariedad de medios, las limitaciones de diversa índole, la penuria económica nunca fueron obstáculos insalvables para los tres ilusionados jabbatos del orientalismo. Siempre, por mor de inexplicables ardidés de aguzada inteligencia, las cosas salían adelante y cada número anual veía la luz, a veces con un considerable retraso. No importaba, lo que interesaba sobre todo era mantener el fuego sagrado de la publicación, a la sazón sólo superada, en punto a calidad de edición y antigüedad en el tiempo, por la acrisolada *Al-Andalus* de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, que se imprimía en Madrid, en la histórica imprenta de los sucesores de Estanislao Maestre.

Bueno, parece que a esta pequeña reflexión, escrita con cierta carga de sentimentalidad personal inevitable, convendría ir poniéndole fin sin mayores arpegios para que tenga la extensión que se me ha solicitado. Mucho resta aún por decir sobre *Miscelánea* y lo que representó y representa en el panorama científico nacional e internacional. Ha pasado mucho tiempo desde los tiempos heroicos de sus comienzos a que me he venido refiriendo, tanto que, desaparecida *Al-Andalus*, es ahora la decana de las revistas españolas de su género e, incluso, casi me atrevería a hacer extensivo este extremo a las de Europa.

Quede claramente dicho para recapitular y, de algún modo, resumir las ideas, que *Miscelánea*, la veterana publicación de nuestra Universidad, ha servido de vehículo difusor de numerosísimos trabajos de maestros consagrados y de bisoños colaboradores que se lanzaban con esperanza a la apasionante aventura de la investigación científica. En su páginas - excusad la alusión tan directa - vi, por vez primera, un artículo con mi firma y tuve esa inicial emoción del que se siente llamado a un destino soñado. Como decía al comienzo, fui un eslabón más en la cadena de los directores de *Miscelánea*, me satisfizo mi cometido e inclusive hoy, cuando escribo estas líneas, lo añoro. Los años han pasado y, tomando prestado el verso de Neruda, "Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos". Es cierto; no cabe la menor duda, pero, aunque perdido para siempre todo lo demás, queda el testimonio vivo de lo escrito y publicado, queda la querida memoria de un pasado amable y pletórico de vivencias

inolvidables, queda la promesa ilusionada de un futuro que se alza sobre cincuenta años de una historia editorial modélica.